

Y ésto es tanto más digno de admirar, cuanto que muchas veces el salvador y la víctima, son enemigos irreconciliables.

Al penetrar al cañon en que el desgraciado herido se encontraba, sus ayes dolorosos y apagados me hicieron conocer que aún vivía; y cuando estuve cerca, me admiré de que pudiera conservarse la vida en una organizacion tan destrozada.

Casi todos los huesos estaban fracturados; las partes blandas formaban colgajos entre masas de sangre coagulada; los ojos desprendidos de sus órbitas, y todo el rostro horriblemente desfigurado.

Parece que nada de ésto le dolía, pues de nada hacia mencion; y solamente se quejaba de un dolor agudísimo "en la cintura;" era que la columna vertebral estaba rota, y tal vez las vértebras comprimian la porcion de lá médula espinal, desalojada de su centro.

Con vivas instancias me suplicó ordenara que lo sacasen de la mina, á lo que no pude acceder por el temor de que al moverlo sucumbiera: temor que me confirmó el médico, que llegó á los pocos instantes, y á quien supliqué no tocara aquel cuerpo tan mutilado, mientras el Sacerdote no ministrara los auxilios de la Religion á aquella alma que no tardaba en abandonarlo.

No sé cuántos minutos pasaron en el relox que marca el tiempo; ni cuántos siglos en el almanaque que mide la ansiedad, cuando tuve aviso de que el Sacerdote se hallaba en el patio de la mina; y que tal vez por mala inteligencia, esperaba que sacaran al moribundo para auxiliarlo.

Inmediatamente salí para llevarlo conmigo; y como el tránsito por el tiro es el más rápido, por él determiné la bajada.

El Sacerdote nunca había visitado una mina; y al verse suspendido en la extremidad de un cable al borde de un abismo, en un asiento incómodo é inseguro, perdió la moral.

Mal colocado sobre un asiento que por primera vez ocupaba, y sin tiempo para tomar las precauciones propias del caso, poco á poco fué resbalando; y mis

esfuerzos para sostenerlo ayudándole con mi apoyo, hubieran sido inútiles, sin la velocidad con que descendimos. Tres minutos más hubieran hecho aquella situacion insostenible, pues yo sentía agotada la fuerza muscular en una posicion incómoda, y mi compañero de viaje, preso de un pánico que no estaba en su mano vencer, nada hacia para ayudarse.

Otra circunstancia vino á hacer esta bajada más difícil, á la vez que más peligrosa.

Un hermano del herido, tambien barretero, quien se hallaba fuera de la mina por corresponderle trabajar en el pueblo por la tarde, ansioso de ver á su hermano que expiraba, solicitó el permiso de bajar conmigo; y antes de que tuviera tiempo de contestarle, cuando había ya el malacate puéstose en movimiento, se asió del cable, creyendo que podría sostenerse.

A ménos de la mitad del trayecto se sintió expuesto á caer, y buscando un punto fijo para sostenerse, colocó el pié sobre mi pecho, como único apoyo que se le presentaba.

Llegados á la ventanilla, mi primer cuidado fué preguntar si aún vivía el moribundo; y una impresion tan grata, como la que se experimenta al verse libre de una angustia, reanimó mi espíritu, por tantas emociones atribulado.

Llegamos sin tardanza cerca del herido, que al oír mi voz pronunció mi nombre.

Convencido por este signo indudable de que conservaba el conocimiento, le dirigí una breve exhortacion, manifestándole que estaba á su lado el Sacerdote que le llevaba los auxilios del cristiano, y salí en seguida, con todos los que allí estaban, dejando sclos al confesor y al penitente; al juez y al reo; al criador y á la criatura; á Dios y al hombre.

Unos minutos despues fuimos llamados, para asistir á un espectáculo que se pudo presenciar, pero que no se puede describir: el Sacerdote se dispuso á celebrar el sacramento de la Extrema Uncion.

Arrodillado, pues la poca altura del

cañon no le permitia estar de pié; con su estola morada en el cuello; con las palabras del perdon en los labios y con el óleo santo en las manos, pronunció las acostumbradas oraciones, cuyos ecos se reforzaban por las condiciones acústicas del lugar; y aplicó esta última espiritual medicina, rodeado de centenares de luces, que derramaban su tibio resplandor sobre aquellas espesas tinieblas.

Terminado este acto tierno, conmovedor y solemne, el Sacerdote aplicó una indulgencia especial, levantando de nuevo su autorizada mano, para darle de nuevo la absolucion.

En seguida se dispuso la traslacion del herido, que ofrecia serias dificultades, dadas las condiciones de su estado y la estrechez de los caminos.

Confiada la direccion de este trabajo al médico, y su ejecucion á los paleros; dadas en el exterior las órdenes correspondientes para que el ascenso por el tiro fuera lenta y cuidadosa; despren-

did los caballos del malacate, en cuyo lugar se colocaron hombres, y tomadas todas la precauciones necesarias, se sacó al herido, que en el trayecto sufrió un completo desmayo; en seguida se le trasportó á su casa, donde se le hizo una ineficaz curacion, y donde murió dos horas despues, víctima de los más atroces sufrimientos.

Episodios como el que acabo de describir son por desgracia frecuentes en las minas, pues sus causas se hallan fuera del alcance de la prevision y de la vigilancia, y son inseparables de los trabajos subterráneos y de las condiciones en que se practican.

Mucho se ha conseguido para disminuir estas desgracias, que no pueden evitarse por completo; y esta circunstancia influye, y no poco, á hacer más laudable, más meritorio y más digno de consideracion, el indispensable, útil y rudo trabajo de las minas.

S. R.

(Escrito para este Almanaque).

CUENTO VERIDICO.

A mi estimado y fino amigo José M. Talamantes.

I.

Aun no ha pasado mucho tiempo de lo que voy á referir.

Allá por los años de 1845 á 1847, existió en esta buena ciudad de México, un judío—¿dónde no los ha habido?—que llamó especialmente la atencion por su sed insaciable de atesorar riquezas, adquiridas casi siempre por medio del robo lícito, vulgo, usura.

Hasta en su aspecto físico se le habría conocido lo negro que tenia el alma: cuerpo bastante bajo y más que bajo completamente encorvado; ojos rojizos y provocadores; nariz que apenas sobresalía del óvalo de la cara; boca contraída y cubierta en la parte superior por unos pelos blancos y lácios á

guisa de bigote; cuerpo que hubiérase tomado, á causa de su forma y pequeñez, por un maletín de viaje; brazos cortos y enjutos; y finalmente, como digno complemento de tipo tan extravagante, dos piernas, tan cortas como torcidas y flacas, en cuyas extremidades ostentábanse dos piés extra-medida, forrados en zapatones de gamuza: tal era la figura que á cuevas cargaba D. Isaac Ramith, que así se llamaba nuestro héroe.

Todo el dia y gran parte de la noche, mirábasele sentado en su escritorio, sobre antiquísimo sillon de cuero, sin recibir más visitas que las de sus numerosos clientes; á veces no solía permitir que fueran á distraerlo ni las mismas personas de su familia, que la tenia, y

numerosa, pues constaba nada menos que de su mujer y trece hijos.

Aquel hombre era una máquina por su actividad, si bien es verdad que máquina movida por el resorte de una ambición febril hacia el dinero: él llevaba sus enormes libros, donde hacía hasta lo minucioso sus apuntes; él solo sabía el movimiento de la Caja; él recibía y contestaba su correspondencia; él, en fin, hacía todo, absolutamente todo.

Y no necesitaba ir á la Bolsa ni frecuentar ningún círculo mercantil para hacer sus negocios; por yo no sé qué misteriosa atracción todos acudían á él para que los devorase.

Su método de vida era extravagante en demasía, como de buen judío, espiritista por añadidura.—Sí, Isaac Ramith era más espiritista que Allan Kardec, pues no dormía tranquilo la noche que dejaba de charlar con algún *medium*, sentado junto una desvencijada mesa y rodeado de su esposa é hijos.

Y no experimentaba con los buenos chascos que se llevó en más de una ocasión; como si tal cosa le aconteciera, seguía intransigente evocando los espíritus de Napoleón, César, Alejandro y principalmente el de Poncio-Pilatos, á quien él creía un héroe digno de la epopeya.

Pero aquí comienza lo mejor del cuento.

II.

En una de aquellas noches en que por completo se entregaba nuestro hombre á las combinaciones usurarias que constituían su alimento cotidiano, el criado le anuncia que un señor, al parecer ranchero, deseaba hablarle sobre un negocio importantísimo.

—Que pase, dijo el avaro, no sin proveerse luego de una daga, su arma favorita;—y aunque en sus ojos relampagueó la avaricia, había en ellos cierta mirada de terror y desconfianza.

A los pocos momentos llegó la visita y, desde la puerta, con suma cortesía, dijo:

—¿Es al Sr. D. Isaac Ramith á quien tengo el honor de hablar?

Y por toda contestación recibió un

áspero *Pase vd.*, acompañado de un empellón que lo arrojó al centro de la pieza, á tiempo que vio cerrarse bruscamente la puerta por que acababa de entrar.

Imagínese cuál sería la sorpresa del nuevo personaje ante proceder tan grosero.

Sin duda recordó aquello de que á la tierra que fueres has lo que vieres, que él interpretó por estotro: trátalos como te traten, y, afectando serenidad, se sentó en el único banquillo de madera que encontró á la mano.

Y sin quitarse el sombrero ni guardar otros preceptos de urbanidad, miró fijamente al judío, quien dijo, como reanudando las palabras de su interlocutor:

—¿En qué puedo serle útil?

—En salvarme de la situación comprometidísima é inesperada en que me encuentro: he perdido en el juego quince mil pesos, y tengo que entregarlos mañana mismo, so pena de ver mi hacienda, sita en el Estado de Michoacán, embargada, pues he firmado un documento en que me obligo á entregar dicha cantidad. Deseo que vd. me la preste hipotecando mi hacienda; pagaré á vd. el rédito correspondiente y en primera oportunidad la redimiré. ¿Cuál rédito puede vd. asignarme?

—Haré un esfuerzo para reunir tal cantidad; estoy ahora pobre; me pagará vd. el 30 p 8 mensual, libre para mí de todas costas—exclamó secamente el usurero.

El pobre propietario se quedó frío.

—¿Nada menos?

—Nada menos. Y advierto que es necesario me dé vd. por escrito siquiera tres conocimientos de personas solventes y con los requisitos de ley.

—Arreglado—contestó la víctima casi en el frenesí de la desesperación, pues veía en lontananza su ruina. Y todo por unas malditas horas de juego!.....

Al siguiente día, llenados los requisitos indispensables, recibió los quince mil pesos, para pagarlos inmediatamente, en moneda corriente de oro y plata, entanto que á los polvorientos archivos

del acaudalado rabino ingresaba una hipoteca más.

En la noche del mismo día, cuando se entregó con fruición indecible á saborear aquel magnífico negocio, quiso consultar con el espíritu de Mercurio los resultados que obtendría, (que Mercurio, téngase presente, es el dios de los comerciantes y de los ladrones); pero todo fué inútil: por más que apostrofó al *medium*, por más que juró ejercer una ejemplar venganza, es el caso que el espíritu no compareció—no obstante que el que lo solicitara se daba á todos los demonios.

Probablemente el espíritu egoísta estaría en algún banquete en el Olimpo!.....

III.

Pasaron dos años.

El hacendado, desde que entregó, por decirlo así, su única riqueza en manos de aquel judío infame, comenzó á entristecerse de una manera alarmante, y no pensando más que en su ruina y en la de su familia, había descuidado sus negocios, la hacienda estaba mal atendida y, para colmo de desdichas, hasta las sementeras se habían mostrado ingratas en aquellos dos años, no produciendo más que en cantidades muy limitadas maíz, trigo y garbanzo. Una enfermedad contagiosa había diezmando sus ganaderías, y dos incendios consecutivos habían acabado la madera de sus posesiones.—Tal parecía que la mano de Dios castigaba á aquel desventurado.

En tales circunstancias, recibe una carta de su inflexible acreedor, carta en la que le dice que espera la suma de ciento veintitres mil pesos á que ascendían los réditos incluso lo recibido por el hacendado hacia dos años, puesto que la finca—le decía—apenas valdrá esta cantidad.

Como el avaro no recibiera contestación en ocho días, dió luego providencias de mandar un comisionado á recibir el objeto hipotecado, con las diligencias correspondientes practicadas en los tribunales; y el hasta entonces dueño visible de la hacienda, tuvo que

salir de ella como salieron Adán y Eva del Paraíso.

El sollozaba y hubiera querido que abriéndose la tierra bajo sus plantas, el abismo lo devorara; su esposa é hijos lloraban, viéndose de un momento á otro en la miseria; él maldecía el juego y se maldecía á sí mismo; su digna compañera de pesares, que lo había sido de alegrías, y modelo de esposas, le prodigaba consuelos, que él rehusaba porque se creía bastante despreciable para no merecer ni siquiera uno solo.

Al abandonar la hacienda, se fueron á vivir á un pueblecillo inmediato, en medio de la penuria más espantosa, y se hubieran muerto de hambre si el hombre no se hubiera dedicado á la sartería y la mujer á planchar ropa.

¡Cuántas desgracias y miserias originadas por la fatalidad de algunas horas, en que el mortal, sin preveer el porvenir, se arroja á esa serpiente de cien cabezas que se llama juego!

IV.

Un día, al despuntar la aurora, el expropietario, ginete sobre un paciente asno alquilado, y sin más dinero que dos pesos para gastos de camino, se dirigió á México, abrigando la esperanza de conseguir con el judío le devolviera su único patrimonio que acababa de perder, prorogándole un año más el término de rescate.

¡Inocente esperanza! No comprendía que aquel usurero estaba satisfecho de su triunfo y le habría contestado su petición mandándole arrojarle de su casa!

Pero la ilusión le guiaba y no retrocedió. Llega á casa del judío Ramith precisamente en los momentos en que éste, rodeado de su familia, cenaba con un apetito descomunal.

¡Oh, qué sorpresa! ¡Y qué cambio se operó en el momento!

La pierna de carnero, sin conciencia de cometer una maldad, se levantó por sobre las cabezas de los allí reunidos, como pluma arrebatada por el torbellino, y, ondulando en el aire circularmente, se mantuvo en él, como la hoja del álamo, para venir á caer con fuerza sobre la despoblada nuca del judío, al derredor de la cual se movía y revolaba—

ba con una rapidez vertiginosa. Las papas, en virtud de yo sé qué mágico impulso, saltaron del platon que las contenía y extendiéndose por el rostro, á guisa de buñuelo, se lo ocultaron completamente, á tiempo que los platonos (esto era ya demasiado) chocando entre sí y en continuo vaiven, caían hechos pedazos sobre su frágil persona. En aquellos solemnes instantes de pavor, el jugo de la carne, subiendo hasta el cielo raso, caía en gruesas gotas sobre el vestido nuevo del espiritista. Finalmente, animándose la mesa con un impulso extraño, levantó las patas por cima de aquellas cabezas aturdidas de espanto.

Algun caritativo amigo del judío, que á la sazón llegaba, quiso apaciguar aquel motin espírita y esto bastó para que un ladrillo del pavimento, como lanzado por catapulta, fuese á dar tremendo golpe al agente de paz, quien quedó privado de sentido durante una hora.

Aquello era el "ultimatum" de los espíritus lanzado á la faz del prestamista usurero D. Isaac Ramith. Este así lo comprendió y, seguido de su esposa é hijos, puso piés en polvorosa, perseguido de infinidad de palos, piedras y ladrillos que le obtruían el paso.

Ante aquel aterrador espectáculo, el peticionario, no ménos espantado que los prófugos, salió de *la casa infernal*—según su expresión—y sin acordarse

más de su proyecto, montó en su borrico y todavía con el susto que no le cabía en el cuerpo, llegó seis días después al pueblecillo de su residencia, completamente decepcionado y ya sin esperanza de recobrar sus propiedades.

V.

El rabino mandó exterminar el teatro de tan estupendos sucesos, pues ya su nueva morada era un soberbio palacio en rumbo diametralmente opuesto. Aun el rumbo de su penoso suplicio aborreció para siempre, y es fama que jamás volvió ni siquiera a pasar ocho cuabras á la redonda.

Peró su palacio le sirvió muy poco tiempo.

El año 1850, el cólera morbus llevó al sepulcro la familia toda del famoso agiotista y áun á este mismo.

Empero ya en su lecho de muerte—¡sublime filantropía!—restituyó todo lo que había robado, muriendo despues entre los remordimientos más crueles y condenando el espiritismo.

De esta manera, recobró su hacienda el verdadero dueño, quien, por lo demás, no volvió en su vida á jugar un solo albur de á cuatro reales.

México, Enero 12 de 1887.

FRANCISCO SARACHO.

(Escrito para este Almanaque).



Lic. FRANCISCO FLORES-ALATORRE Escritor católico, redactor de "EL AMIGO DE LA VERDAD" de Puebla.

EPISTOLA.

Me pediste el *porqué* de mi tristeza |
 y aunque dolor me causa la respuesta,
 voy á dártela ¡oh niña! con franqueza;
 que aunque en edad y en posición opuesta,
 no puedes apreciar mis desengaños
 ni cuán caro el vivir á veces cuesta.
 te ha de enseñar el curso de los años,
 si una excepción en tí no hace el destino,
 á luchar del dolor con los amaños:
 Cuando mires el cielo blanquecino,
 velado el sol, envuelto en parda bruma
 el dudoso horizonte; en el vecino
 tupido bosque, desnudez que abruma
 y del cielo cayendo en lluvia lenta
 la blanca nieve, cual menuda espuma....
 Preguntarás ¿porqué tan macilenta
 ves la creación.... y soñolienta y triste
 se pone el alma que tu ser sustenta?

No lo preguntarás; que hartó viviste
 para saber que del invierno el frío,
 de blanco luto las campiñas viste?
 todo lo torna en pálido y sombrío
 y dentro de su cauce detenidas
 las aguas cuaja del exhausto río.
 Ya viste cuál las hojas desteñidas
 al soplo del otoño, lentamente
 son del árbol que visten sacudidas,
 y en fecunda hojarasca, dócilmente
 van á caldear la tierra, que cansada,
 durmiendo espera la estación clemente....
 Viste también la tierra alborozada
 cubrirse de verdor y lozanía
 de alegre primavera en la alborada;

y viste ¡niña! tras la luz del día,
 la incierta lobreguez de noche oscura
 venir con su habitual melancolía.

.....
 Ahí tienes el *porqué* de mi amargura:
 estoy en el invierno de mi vida,
 la niebla vela el sol de mi ventura,
 en parda bruma miro sumergida
 la esperanza, horizonte imaginario
 del alma sin descanso combatida;
 por no empuñar el mágico incensario,
 ni entender de dobleces y de engaños
 hoy encumbro la cima del calvario;
 y muerta el alma, en mis mejores años
 mi sangre cuaja con su soplo helado
 un vendaval de crueles desengaños;
 todas mis ilusiones han rodado
 en hojarasca y polvo convertidas
 que del olvido el viento se ha llevado....

Estoy, como las tierras adormidas,
 aguardando la nueva primavera
 que restañe la sangre en mis heridas.

.....
 No me preguntes más, niña hechicera,
 porqué es tan triste la existencia mía
 y sea la tuya grata y placentera.
 Que nunca mires tras tu bello día |
 la incierta lobreguez de noche oscura
 venir con su habitual melancolía,
 trocando tu contento en amargura.

JUAN N. CORDERO.

(Escrito para este Almanaque).

